

cultura se haya embellecido la raza, no siendo hoy ya las mujeres de Lisboa aquellas secas viragos que describía, con más gracia y mordacidad que compasión, Barnalho Ortigao en sus *Farpas*.

\* \*

El Mondariz de entonces, cuando el lugar que hoy ocupa el primer establecimiento balneario de España era una gándara poblada de picantes tojos y la fuente una charca donde de bruces estancaba su sed el ribereño del Tea, está descrito con referir un detalle de mi estancia allí. — Habiendo sabido que á corta distancia, media legua ó poco más, se elevaban las ruinas del castillo de Sobroso, decidimos visitarlo, y á pie y guiados por un *picariño* de la aldea, realizamos la nada difícil excursión, cuyo mayor riesgo lo constituía la subida algo pendiente por angosta trocha, y el escalar los derruidos sillares para ascender á la barbacana. Con todo eso, á los escasos y timoratos agüistas debió de sonarles á inaudita fazaña, y sobornaron á nuestro guía á fin de saber con certeza si habíamos subido ó no al Sobroso. ¿Qué dirían de esto los alpinistas suizos? ¿Los que trepan como por juego á la Jungfrau y al Finsteraarhorn?

\* \*

Ahora, en Mondariz, la invasión de las capas superiores sociales, que en las aguas bicarbonatado-sódicas siempre predominan, se marca por matices que interesan al aficionado á observar las costumbres.

Fórmase, entre diez y doce de la mañana, ante el afortunado manantial de la Gándara, larga cola de agüistas, que esperan turno para recibir de manos de graciosa rapaza el vaso donde las burbujillas del agua danzan caprichosamente, con cristalinas irasaciones. En esa cola, generalmente ni hay empujones, ni groserías, ni prisas; hay saludos amables, preguntas corteses, sonrisas de inteligencia, ofrecimientos de cesión de sitio á las señoras, apresuramiento en pasar el vaso antes que se disipe el gas de mano de la moza á la del agüista; y en vez de desprenderse de aquella aglomeración de gente el vaho característico de los cuerpos mal aseados, ese tufo repugnante por excelencia, se alcanzan á veces ráfagas de perfumería fina y delicados rastros de flores prendidas en el pecho. Y la cola, no obstante, es de lo más democrático: no hay allí privilegios; ningún favorecido logra beber antes que otro el agua: los mendigos tienen derecho á incorporarse á la cola: lo que pasa es que los mal vestidos huyen instintivamente de la exhibición, y cada año la cola de Gándara se parece más á los grupos de la salida del teatro Real ó del concierto, á cualquier reunión de gente acomodada y escogida.

\* \*

No hará más de veinticinco años que era Mondariz un rincón olvidado de Galicia, una de esas aldeas en que el viajero pide al pasar cualquiera de los objetos indispensables para la vida, y no lo encuentra. La fama naciente de las milagrosas virtudes del manantial había impulsado á dos industriales modestísimos, un *brasileiro* y una *modista*, si no me engaño, á recibir huéspedes. Cómo los recibían, es todo un poema de sencillez primitiva. El comedor de la *modista* me contaron que tenía el piso de tierra. La casa del *brasileiro*, de la cual puedo dar noticias, puesto que la habité, alardeaba de mejor servida: se comía, por lo menos, sobre un piso de tablas. Aparte de este refinamiento, allá se irían en *confort*. El cuarto en que vivíamos era un desván: en la parte abuhardillada, no había medio de incorporarse sin tropezar con el techo. La comida, aderezada por la menos hábil de las guisanderas, brillaba por la variedad: pollo asado á mediodía, pollo con patatas á la noche. Recuerdo que unos portugueses que estaban allí remojando también el estómago y alcalinizando la sangre, no toleraban tanto pollo. «¡Frango, e sempre frango!» gritaban enfurecidos. Un día, amostazados ya de veras, quisieron romperle al mesonero una costilla, y se armó en la casa una gzapera formidable.

Modesto como el hospedaje era el contingente de bañistas. Portugal suministraba el grueso de la concurrencia (en Portugal se supo de Mondariz, antes que en España.) Nuestro amensísimo Luis Taboada derramaría sal describiendo los tipos de aquella buena gente, y sus *toilettes*, de riguroso trapillo. Curas flatulentos, rechonchos, fomentadores de sardina, algún averiado *bacallaaoheiro*, dos ó tres *lisboetas* negruzcas, enfundadas en túnicas color tabaco de hoja, era la representación de ese Portugal tan simpático y que, como Mondariz, también ha adelantado y mejorado hasta el punto de no parecer el mismo de hace un cuarto de siglo, y de que al adelantar la

glesito de hocico puntiagudo, luciendo ufano su collar de plata con dijes de oro, que á cada movimiento tilintean. — El perro es vanidoso, y gusta del adorno; tiene conciencia de su belleza, y se pavonea lo mismo que una mujer guapa, cuando le alaban y celebran.

\* \*

Asimismo las flores... ¡Qué flores las del Mondariz de antaño, del Mondariz en que Enrique Peinador no había empezado á dar impulso á su iniciativa creadora! Cuando algún agüista obsequioso deseaba ofrecer flores tenía que subir á «la casa del fotógrafo», en lo alto del monte, y devastar un jardincillo humilde, para reunir un mísero ramillete. Se celebraba la aparición de un capullo en la tierra como la aparición de una estrella en el cielo. — Ahora las rosas abundan en los macizos, la *serre* espera sus orquídeas y sus plantas preciosas, las enredaderas tropicales embalsaman el ambiente. En aquel país, de clima admirable, se desconocía la fruta: sólo agrias manzanas y perúctanos se cogían. Ya en la mesa aparecen los dorados melocotones, las pavías con su toque de carmín, las grandes peras de Bélgica y de Francia, de azucarada pulpa, fundentes y deliciosas.

\* \*

Una menudencia no menos expresiva que las anteriores es la *moneda* de Mondariz. Chapas de aluminio con la palabra *Peinador* y la indicación del valor que representan, corren facilitando el cambio y simplificando las transacciones. Hasta la misma frontera portuguesa esta moneda fiduciaria se acepta y se cotiza á la par. La conocen bien en Valença y Viana, y saben que la ficha de Mondariz es dinero. Los incautos bañistas que al partir se la sueltan á los cocheros creyéndola ya inútil, suelen dar sin querer propinas espléndidas de veinte ó treinta reales.

\* \*

Lo repito: no hay cosa más elocuente que las pequeñas. Por ellas conocemos íntimamente el progreso. El agua, el agua fresca, picante, viva, apagadora de la sed como ninguna, nos sabe mejor cuando la tomamos pudiendo coger una rosa, descansar en un mueble elegante y cómodo, bañarnos en una pila ancha de rico mármol, oír en el salón música de Beethoven, y á la vez en el parque la gaita gallega. ¡Santa industria!

EMILIA PARDO BAZÁN